



AINKAA

Revista de Estudiantes de Ciencia Política
Edición 2 / ISSN: 2590-7832
Julio - diciembre de 2017

Crítica de la razón del conflicto armado en Colombia: una entrevista a Forrest Hylton a partir del lanzamiento del libro “La horrible noche”

Manuela Arango Restrepo
Universidad Nacional de Colombia





AINKAA

Crítica de la razón del conflicto armado en Colombia

Una entrevista a Forrest Hylton a partir del
lanzamiento del libro “La horrible noche”¹

Manuela Arango Restrepo²

Forrest Hylton es PhD en Historia de la Universidad de Nueva York y profesor asociado a la Facultad de Ciencia Humanas y Económicas de la Universidad Nacional de Colombia -Sede Medellín. Sus estudios han girado alrededor de la historia social y los conflictos armados en Colombia y en Bolivia. Tiene publicaciones sobre el conflicto colombiano tales como *La Hora crítica* (Hylton, 2003) y la más reciente, *La horrible noche: El conflicto armado colombiano en perspectiva histórica* (Hylton, 2017).

1. Entrevista realizada el día 22 de septiembre de 2017 en la ciudad de Medellín, Colombia.

2. Manuela Arango Restrepo es estudiante de Ciencia Política de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín. Es miembro del Comité Organizador de Ciencia Política y hace parte del Comité Editorial de la Revista Ainkaa, maa-rangore@unal.edu.co.

Revisar el conflicto armado en Colombia es una labor titánica, sobre todo si se aborda desde una perspectiva histórica diferente. ¿Cuál es esa perspectiva diferente con la que aborda la narrativa de la historia colombiana?

Bueno, creo que lo diferente sería que yo planteo desde un principio que para entender todo el transcurrir de la historia, y sobre todo los conflictos que ha tenido Colombia, en cuanto a la tierra mayormente, pero también los conflictos urbanos; no solo se puede enfatizar el papel en la historia de las élites y los partidos políticos y todo el mito de la construcción del Estado. Es necesario tomar en cuenta el accionar de otros sectores de la sociedad colombiana que, a pesar de que muchas veces fueron excluidos oficialmente de la política o proscritos por el terror y la represión, de todas maneras participaban de manera activa en la política republicana colombiana y es precisamente eso lo que se debe rescatar. Viendo la historia desde esta óptica nos aproximamos a una visión distinta del conflicto. En ese sentido, me parecía importante señalar los aportes de los movimientos populares democráticos del siglo XIX que son antecedentes colombianos de la democracia y que fueron un gran avance en esa época, pues justamente en aquellos años Europa era muy poco democrática y EE.UU era mitad esclavista, obviamente todo lo contrario a lo que sería una república democrática. En ese contexto, Colombia se destaca por la efervescencia de todos los sectores de la

sociedad en el ánimo de participar en la política republicana; era una democracia más amplia de lo que existía en el mundo en ese momento. En los años en donde en Cuba y Brasil los afrodescendientes seguían siendo la mayoría de la mano de obra, aquí, en Colombia, los ciudadanos votaban por el Partido Liberal y buscaban tener una vida digna como campesinos.

Sin embargo, Colombia tiene serias convulsiones en el final del siglo XIX y el principio del siglo XX, en materia de la economía política. Pueden evidenciarse entonces una alta institucionalización de la violencia por parte de los partidos políticos, una represión a la movilización popular y una pugna entre lo que se propone como Regeneración y otras formas de organización del país. En ese sentido ¿Cuáles son esos elementos explicativos de dicho cambio tan vertiginoso en la historia colombiana?

Esto tiene que ver con los porvenires de la economía de exportación. Cuando se fue ensanchando toda la economía cafetera de exportación, los conflictos entre los liberales y conservadores se fueron agudizando, al punto de dividir la sociedad en dos. Se desató pues una guerra civil donde se movilizaron los sectores populares, pero murieron en cantidades extremas: La Guerra de los Mil días; que hundió cualquier po-

sibilidad de política popular en una guerra fratricida. En ese tipo de guerra no puede florecer la política popular.

Es por esto que la Regeneración se planteó como una necesidad de la mano dura, porque es una sociedad que, para los terratenientes, comerciantes, abogados y banqueros, era caótica y desordenada. Se necesitaba un centralismo férreo para ordenar las cosas y eso obviamente requiere de un esfuerzo para reprimir iniciativas independientes y no liberales que eran las que impulsaba la movilización popular. Este concepto de propuestas no liberales es muy importante pues, personalmente, planteo que hay muchas iniciativas democráticas en Colombia que vienen de una raíz más bien comunitaria; sean afrodescendientes, indígenas, mestizas o mulatas, pero que de todas maneras proponen formas no liberales de organizarse y vivir en comunidad. Eso, en estrecha relación con las necesidades de sobrevivencia, el entorno geográfico, la relación con el medio ambiente y sobre todo, con la agricultura; que es un elemento importantísimo en ese tipo de organizaciones.

Hoy en día todavía existe la concepción de la Historia como hecha por los líderes de partidos políticos, ilustrados y en busca del bien de la nación, pero lo que le daba el sello dinámico a la cultura política eran los esfuerzos de los sectores populares. Yo creo que esa es la visión que se intenta lograr, una síntesis de la política y de los ciclos de conflictos, tomando en cuenta la importancia del accionar de los distintos grupos sociales en la Colombia “desde abajo”, que nos permite ver un pa-

norama más amplio, complejo y más rico de lo que muchas síntesis tienen, porque aquellas no toman en cuenta los esfuerzos populares para romper con la dinámica oligárquica y construir una democracia más plena.

Precisamente es en este punto donde tenemos que retomar el concepto marxista de la acumulación originaria ¿Cómo se evidencia este proceso en la configuración histórica del conflicto armado, sobre todo, en la acción de cada uno de los actores?

Lo que planteo en el libro es que la *acumulación originaria* es algo cíclico, no es una etapa previa a lo que sería la etapa industrial, entendiendo que tampoco es el fin de la historia del capitalismo, porque este sigue de mil formas y la industrialización es importante en algunas partes del mundo, pero en muchas otras, la industria ya no es la fuerza motriz de la economía, sino las finanzas y la especulación, ya sea con la propiedad inmobiliaria, entre otras.

Siempre existe la necesidad de buscar y abrir nuevas fronteras capitalistas, de valorizar el suelo o de explotar recursos minero-energéticos. Son las dos cosas: recursos naturales o tierras. La *acumulación originaria* en Colombia, en ese sentido, no se ve en extremo desde la colonia, pues lo que interesaba a los colonos era el gobierno de asentamientos locales, pero sí es un aspecto fundamental del capitalismo contemporáneo en Colombia y muchas

partes del mundo; muchos expertos como David Harvey y Mark Davis entre otros lo han estudiado.

La *acumulación originaria* no se puede ver como algo que sucedió y que luego dio lugar a un capítulo más maduro del capitalismo, porque como planteaba Rosa Luxemburgo en *La Acumulación del Capital*, este de alguna forma vive abriendo fronteras nuevas; metiéndose en zonas que no han estado dentro de la lógica del capital y el mercado mundial. Esa es la importancia de África, Asia y América Latina en lo que sería la época después de la Guerra Fría.

Son muchas las fronteras por abrir en términos capitalistas: convertir la agricultura en agroindustria, la tierra en mercancía, despojar para crear más mano de obra; esto los colonialistas no lo pretendían ejecutar, ellos destruyeron comunidades y comercializaron las tierras hasta cierto punto, pero no del todo. Había en el mundo muchas estructuras comunitarias con otras lógicas no liberales, que en el caso de Asia fueron canalizados a partir de los partidos comunistas que llevaban la bandera del nacionalismo, fuera en China, en las Filipinas, en Vietnam, en Laos o en Camboya. El asunto es que en Asia esos procesos dieron lugar a revoluciones dirigidas por partidos comunistas, con Mao y Hồ Chí Minh a la cabeza, lo que de alguna forma les permitió tener la legitimidad que tenían, pues propiciaron un nacionalismo; ellos representaban a la nación frente a los invasores y las altas clases.

Aquí en Colombia eso no pasó. La insurgencia nunca logró representar a la nación y nunca hubo un nacionalismo co-

lombiano fuerte. Colombia es un país fragmentado por regiones, lo que permite un control férreo de parte de una élite regional y, por otra parte, unas resistencias muy impresionantes a escala local y regional, que casi nunca llegaron a la escala nacional; porque cuando llegaron a esa escala, fueron desarticuladas por el terror. Este, ahora sí, fue necesario en la etapa contemporánea colombiana para abrir fronteras, valorizar suelos y despejar gente para la ganadería extensiva, la siembra de la palma africana, la explotación de petróleo, el carbón, el oro, en fin, todo el material de extracción.

A causa de esto, la *acumulación originaria* es algo fundamental del capitalismo contemporáneo colombiano a partir de los finales de los años 70, con la reorientación de la política económica que comienza con López Michelsen y que se ensancha con Turbay Ayala. Sin embargo, es con Gaviria Trujillo, con la apertura económica en términos globales, que realmente hubo ese cambio hacia la agro-exportación, la agroindustria, la importación de alimentos y los Tratados de Libre Comercio, que son importantísimos.

Aun así, yo planteo que la *acumulación originaria* sí tiene pequeñas expresiones o es un elemento de la violencia de la década de los años 40 y 50 en Colombia, cuando se desarticuló un bloque nacional popular que era el Gaitanismo. Si el Gaitanismo se hubiera mantenido en movimiento y Gaitán hubiera vivido como político, habría sucedido una historia diferente que contar en Colombia, en vez de la triste historia de un líder asesinado y el huracán de la violencia bipartidista que no dejó ningún

espacio para la movilización popular. Todos los gaitanistas tuvieron que unirse a los liberales y a las guerrillas para resistir al Laureanismo. Es en estas condiciones de la dinámica de la violencia bipartidista a mediados del siglo XX que se evidenció un ciclo de *acumulación originaria*, porque la tierra fue valorizada y comercializada a partir del despojo masivo; lo que permitió que surgieran nuevos intermediarios de tierras, que tenían los vínculos con los partidos y estimularon todo ese proceso hacía una agricultura más capitalista.

Ahí también es importante hablar de la Ley 200 de 1936, que en la historia colombiana se perfila como la ley de la distribución de tierras; pero que terminó siendo la ejecución de una modernización de la producción agrícola. Además, en la segunda administración de López Pumarejo, se creó la Ley 100; donde quitó cualquier diente que tenía la anterior legislación. Ya no era prioridad la cuestión agraria y las élites terratenientes, viejas y nuevas; lograron más o menos utilizar la Ley 200 a su favor, en muchos casos, para legalizar títulos de dudosa procedencia. Ahí el derecho a la propiedad es fundamental, pues hubo un esfuerzo desde la fracción modernizante dentro del Partido Liberal, que tuvo una visión del desarrollo de la industria del mercado nacional, que promovió una reforma agraria “desde arriba”, desde el Estado, como un paso necesario a la racionalización de las fuerzas productivas en el campo, aumentando la productividad de la mano de obra y generando industria y urbanización.

En ese sentido, esta lógica de acumulación parece persistir en muchos momentos del conflicto armado colombiano y se comporta como si fuera una lógica de ordenamiento territorial ¿Cuáles son esos cambios estructurales que se dan en Colombia en esos términos?

De alguna forma uno puede ver cómo la *acumulación originaria* en Colombia tiene que ver con los procesos de urbanización. No se puede entender la urbanización de la sociedad, en la década de los años 50 y 60, sin ver y entender la violencia previa.

Quienes pactaron el Frente Nacional lograron un acuerdo político bastante beneficioso para el nuevo orden y ensanchamiento del clientelismo. Claro está, en Colombia no cesó el conflicto, tuvo sus episodios violentos pero a baja escala, y se desarrolló una violencia urbana semicrónica pero no disparada. El Frente Nacional logró así incluir una gran parte de los sectores previamente excluidos, a partir de la afiliación a los partidos; logró también configurar una clase media amplia, cosa que no fue capaz de sostener por mucho tiempo.

La radicalización de la clase media se dio posteriormente. En esa época, el esfuerzo de ciertas élites por construir un Estado más moderno a través de una reforma agraria no logró sus propósitos, pero de todas maneras existían estos intereses y eran poderosos dentro de las élites colombianas en su conjunto. Eso frenaba la dinámica de la *acumulación* sin medidas, o sea, el despojo masivo “a punta de motosierra” no era el factor común. Es

importante entender que Colombia no siempre ha tenido los mismos niveles de violencia ni los mismos niveles de conflicto; tal vez sí los mismos niveles de injusticia o impunidad. Pero los eventos de las masacres en gran escala no se dieron en la mayor parte de los años 50 y 60; focos, sí, persecución específica, sí: La guerra de Villa Rica, la Operación Marquetalia, La Operación Anorí, etc. Pero eso demuestra, a su vez, que en ese tiempo el Frente Nacional tenía solidez para perseguir a las insurgencias muy localizadas. Eso es todo lo contrario de lo que sería una guerra revolucionaria, como se estaba dando en Vietnam, por la liberación nacional. En el caso colombiano, no se necesita el invasor Yanqui porque habían presidentes, como Lleras Camargo, que promovían la reforma agraria pero también la contrainsurgencia, la construcción de grupos especiales dentro del Ejército para asesinar dirigentes sindicales, miembros de los partidos de izquierda, campesinos y todo lo que pudiera ligarse a la movilización que apareciera en forma de guerrilla.

Todavía, en los años 60, no era una *acumulación originaria* a gran escala, la industria existía en las ciudades de alguna forma como espacio para absorber por lo menos una parte de esa gente desplazada por las dinámicas de la violencia bipartidista. Pero esto no podría decirse en la década de los 80, donde el desarrollo de los procesos de despojo se comenzó a dar, algo que se aceleró en los años 90 y que en el siglo XXI aprovechó en la apertura de frontera agrícola con la palma africana, que vale la pena estudiar en su expansión y el tipo de territorios en donde es cultivada. Con la reorientación neoliberal hacia la inversión extranjera y con casos como

Agro Ingreso Seguro ¿Quiénes se han beneficiado? Los grandes terratenientes de la costa caribe colombiana para desarrollar procesos productivos y de extracción a gran escala. Lo mismo pasó con la reforma de los años 60, incluso antes de Chicoral; terminaron beneficiándose los grandes terratenientes en contra punta con los campesinos que seguían en la idea de la lucha por la distribución equitativa de la tierra. Como las guerrillas estaban tan focalizadas por estos años y el Frente Nacional tenía cierta solidez gracias a la exportaciones de café y la industria, los años 60 y 70 fueron una época mucho menos violenta de lo que era la violencia bipartidista de los años 40 y 50 o lo que vino después a partir de Turbay Ayala, a principios de la década de 1980, con el Estatuto de Seguridad.

Hay entonces una pausa, de alguna forma, aunque no hay equidad en la posesión de la tierra. La cantidad de campesinos sin tierra que surgieron en la reforma agraria en los años 60 con Lleras Camargo y Lleras Restrepo no lograron nada sobre la distribución de la tierra, no hubo mayor equidad social en el campo, todo lo contrario. Después de 1970 vino el viraje de la contrarreforma agraria con Misael Pastrana Borrero, gracias a las guardias blancas y los ejércitos privados de los terratenientes, que aún no eran suficientemente desarrolladas para llamarlas paramilitares; era más bien parecidos a escuadrones de la muerte que se remitían a proveer los servicios violentos. De todos modos, a pesar de la existencia de esa violencia permanente y legalizada en el campo y de la configuración terrorífica de la ciudad, la intensidad del conflicto bajó muchísimo, las cifras disminuyeron sustancialmente.

Así pues, la configuración de las guerrillas son un factor clave, y casi que el punto de gravedad, del conflicto armado mismo. ¿Qué puede decirse de este brote tan significativo de guerrillas de diversa índole y cuál es el análisis que puede hacerse de su accionar tan volcado al ámbito militar?

Al terminar el Frente Nacional – y durante el mismo – nacieron los primeros movimientos de insurgencia. Estos movimientos de insurgencia organizada tienen sus raíces, como todos los saben, en las guerrillas liberales de la época de La Violencia colombiana. Sin embargo, su desarrollo fue muy álgido en regiones como el Alto Tolima, la región del río Sinú, los llanos orientales y la frontera de Norte de Santander con Venezuela; zonas todas ellas con formas no liberales de organización.

Con el cambio de modelo económico, yo creo que esa reorientación al interior de las guerrillas es fundamental, porque la insurgencia también comienza con la lógica rentista, a desplazar gente, a operar con un método territorial de cobrar tributo a través de la extorsión. Entonces, ese viraje de la insurgencia se dio cuando se abrieron minas de carbón y de oro, cuando se abrieron las petroleras hacia el extractivismo neoliberal, etc. La respuesta del Estado ante esta nueva ola de violencia, obviamente al estar envuelto en el tema del conflicto político de la Guerra Fría, fue la construcción de un Estado contrainsurgente capaz de erradicar el alzamiento en armas en la mayor parte territorio nacional, con ayuda de la reorientación económica.

La insurgencia se proyectó a nivel nacional por primera vez, tanto ELN como las FARC y bajo el impulso de M-19, en la década de 1980. El M-19 es la corriente que impulsó a que las otras dos guerrillas se fijaran la nación como horizonte. El M-19 vino con un discurso nacional popular e intentaba retomar elementos que venían del Gaitanismo, con actos muy simbólicos, buscando como llegar a los sectores populares colombianos con un ideario de cambio revolucionario, sabiendo que no era con el lenguaje ni cubano, ni soviético ni chino que iban a llegar a las masas, sobre todo en las ciudades donde se estaba concentrando la gente; porque como lo dije anteriormente: las ciudades colombianas son producto de la *acumulación originaria*, no exclusivamente, pero en buena medida.

A diferencia de Inglaterra, que tuvo un gran lapso de tiempo entre el despojo y la industria; aquí la industrialización sucedió de manera concurrente con el despojo masivo. La mitad del siglo XX eran los años boyantes de la gran industria textilera en Medellín, y el despojo en ese periodo de tiempo en ciertas partes de Antioquia y el eje cafetero fue disparado por la confrontación entre campesinos y terratenientes. De este modo, con la industria creciendo a la vez, no había tanta dificultad de manejar la situación de la violencia en la zona rural; ya la concentración política no estaba allí, pero cuando se dieron la desaceleración en la industria y la última bonanza de precios de café en los años 70 –porque el café dio la ilusión de que todavía funcionaba como cultivo de explotación cuando todo el mundo sabía que eso se estaba hundiendo– es cuando el modelo

colapsó en términos económicos y políticos, como carcomido por dentro, ya no se pudo sostener ni por la industria manufacturera proteccionista, entonces se reorientó esta. Y eso es lo irónico en el discurso de López Michelsen: “Hay que convertirse en el Japón de Suramérica” para industrializarse, obviamente, ser potencia en ese sentido, pero a la vez ayudó a reorientar la economía hacia otro modelo donde la industria no va a tener el mismo papel. Es interesante este punto aquí, porque en la baja de la industria en general, la única rama de esta que sí va tener un papel fundamental es el narcotráfico, fenómeno que hay que tomar con pinzas, pues es de beneficio tanto para insurgencias como para estructuras paramilitares y para el mismo Estado.

La fabricación de cocaína debe ser reconocida como un proceso industrial que en su interior tiene muchos métodos artesanales. El fruto de este mercado no es más que su mismo rendimiento en la ilegalidad. Y esto no es un hecho viejo, podría decirse lo mismo de la época colonial cuando los españoles prohibían el mercado con ingleses: todo era contrabando, ilegal y penalizado. Esto no es distinto hoy en día y son las potencias imperiales las que ponen las reglas de lo que es y no es contrabando.

Entonces la *acumulación originaria* no se puede desvincular del desarrollo de la industria del narcotráfico y el tema de las fronteras agrícolas que se van valorizando poco a poco. El proyecto paramilitar, en buena medida, era asegurar esas fronteras agrícolas ya abiertas para una inversión a mayor escala y a garantizar los derechos de propiedad donde obviamente cualquier empresa que quisiera operar ahí tenía que pagar extorsión

a las insurgencias. Entonces, podían operar, podía existir un proceso de acumulación, pero las insurgencias cobraban el tributo. Eso está muy arraigado en el patrón de los conflictos políticos en Colombia; de alguna forma el botín de guerra es la tierra, su posesión y administración, y siempre está dada sobre quien la pelea, quién es el nuevo dueño, el conocido “aquí mando yo” y muchas otras expresiones que siguen representando esa violencia en la propiedad de la tierra.

Cambiando un poco de tema, hay dos conceptos que en el final de su libro parecen estar encaminados en la explicación de la lógica internacional del conflicto armado en Colombia ¿Qué podría decirnos usted sobre la idea de “las democracias de baja intensidad” y el “Estado de contrainsurgencia exitosa” en la configuración del Estado colombiano actual?

Eso es algo que yo expongo en la parte última de mi libro, porque siento que son nociones clave para entender lo que hoy por hoy se vive en las relaciones internacionales de Colombia.

Lo primero, el tema de la contrainsurgencia a partir de la presidencia de Uribe Vélez parece ser una política de Estado muy explícita con la que intenta lograr la paz a partir de la guerra. Los paramilitares y los grupos especiales de La Policía y El Ejército controlan territorios estratégicos

que están al margen de la frontera agrícola para expandirla y permitir que capitales extranjeros ingresen en ellos.

Pero eso no es una cuestión que solo se pueda ver hasta hoy. Colombia también se sostuvo políticamente bajo la idea de una lucha frontal contra el comunismo; fue por esta misma doctrina con la que tuvo la “legitimidad” de atacar a esas insurgencias regionales en los años 60 y 70. Sin embargo, mantenía en esa época cierta autonomía; autonomía que después perdió y que fue arrancada por la política antidrogas estadounidense que se combinó con la contrainsurgencia nacional, que se profundizó en el siglo XXI con la emergencia de la categoría de Terrorismo en el mundo, que en Colombia se aplicó para todo aquello que se apareciera como guerrillero, sobre todo si era de las FARC.

Actualizando un poco entonces el contexto colombiano y poniéndolo en relación con lo que se ha expuesto sobre los procesos violentos de acumulación y el conflicto de intereses que existe sobre la tierra ¿Qué puede esperarse del proceso de implementación del presente Acuerdo de Paz?

Como ya expliqué anteriormente, la acumulación del capital es dada de forma cíclica. Si bien la *acumulación originaria* de la que nos habla Marx en *El Capital* es propia de un proceso violento de despojo, asesinatos, luchas frontales, entre otras cosas, esto no es lo que necesariamente impera

en todo el proceso capitalista. Los procesos industriales y financieros también esconden tras sí una gran cantidad de explotación y de violencia, pero no de la misma manera en la que se da en esa acumulación agresiva de tierras. En Colombia, como hemos visto, la *acumulación originaria* marcó muchas de las pautas del conflicto, pero también marcó la pauta de su cese. Existen ciclos de violencia y ciclos donde la pacificación de los territorios se hace necesaria para la acumulación del capital. Eso es lo que hoy vemos con el Proceso de Paz.

Su origen no es de carácter popular, así muchos de los movimientos sociales hayan reclamado por este. Más bien, el proyecto de un proceso de paz con la guerrilla más vieja de Colombia se dio “desde arriba”, es decir, desde el Estado. ¿Qué puede esperar la población de un proceso con esta característica? Que las FARC desaparezcan es remover un obstáculo para la acumulación del capital, con base en un modelo económico neoliberal de agroindustria extensiva y explotación de los recursos minero-energéticos.

Referencias

- Hylton, F. (2017). *La horrible noche: El conflicto armado en perspectiva histórica*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia - Sede Medellín.

AINKAA 